

## ENCUENTRO DE FORMADORAS “VIVIR EN CRISTO SEGÚN LA FORMA DE VIDA DEL EVANGELIO “

Roma, 13-16 de abril 2015

### *Saludo de apertura*

Muy queridas hermanas

Con alegría os doy la **bienvenida** a esta “segunda parte” del encuentro de formadoras. Sed bienvenidas a esta casa, sed bienvenidas a nuestro corazón, sed bienvenidas al ministerio de formar para la hospitalidad.

Quiero empezar por **agradecer**: agradecer la iniciativa del Congreso Internacional a la Iglesia, a través de la Congregación de Religiosos, y de este encuentro a la Congregación, en la persona de Sor María Asunción Riopedre, responsable en el gobierno general del área de formación y espiritualidad; agradecer a cada una por vuestra dedicación generosa y responsable en el ministerio de la formación para y en la vida hospitalaria; agradecer, sobre todo a Dios, rico en misericordia, por el don de las jóvenes y hermanas que en las diferentes etapas se forman para ser memoria viviente de Jesús samaritano que se inclina sobre la humanidad doliente curándola de sus enfermedades (cf. Const. 60).

Mirando el programa de vuestro encuentro, veo que en un primer momento tendréis un tiempo para “**recoger lo vivido**” en el Congreso Internacional de Formadores. Repasando las comunicaciones de prensa y aprovechándome de lo que habéis compartido, quiero subrayar algunas de las ideas/reflexiones/desafíos que os han acompañado a lo largo de estos días y que considero importantes a la hora de mirar nuestra realidad formativa:

1. La **formación** es la acción del Padre orientada a plasmar en nosotros los sentimientos y la sensibilidad del Hijo. Formarse es asumir la forma de vida del Evangelio para ser hombres y mujeres verdaderamente libres, madurando la propia identidad para dialogar con todas las culturas y transformarse hoy en signo profético de acogida y de comunión.
2. La **finalidad** es formar personas libres y responsables; personas dóciles, que se dejen formar por los acontecimientos de la vida, que aprendan a buscar la voluntad de Dios en cada situación, en cada persona que encuentran, en los pobres y en los débiles, dejándose enseñar los ellos.
3. En una **sociedad en continua transformación** los consagrados somos llamados a ser profetas de un nuevo modo de vivir las relaciones humanas y fraternas, de estar presentes en medio de las diferencias y tensiones, siendo constructores de unidad; es a través de la calidad de las relaciones que pasa la profecía de la vida consagrada.
4. Es urgente una **pedagogía formativa** que considere la formación como un proyecto único que debe guiar la formación inicial y permanente, en el cual la primera formación inicia a madurar la “*docibilitas*” para encontrarse con un sujeto *docibile* (disponible) a dejarse formar siempre, en la **continuidad de un proceso de formación** inicial y permanente.
5. La **formación integral** debe estar atenta a todas las dimensiones (intelectual y emotiva, individual y comunitaria, personal y social, afectiva y sexual) y debe mirar a la

conformación con los sentimientos de Cristo. La formación es un proceso integrante, una aventura espiritual, humana y relacional: conocimiento de si, cuerpo, mente, espíritu, aceptación de si, reconocerse como don, consciencia de la llamada, tendencia a superar la auto referencialidad...

6. El **itinerario formativo** ha de ayudar a hacer exegesis de la propia vida, aprendiendo a leer la vida de forma sapiencial, sacando provecho de las enseñanzas y experiencias del cotidiano para madurar como personas y como hijos de Dios. Es fundamental adquirir la capacidad de construir y reconstruir la propia vida alrededor de un **centro vital** que para el creyente es el "misterio pascual, la cruz del Hijo que elevado a tierra atrae a todos a sí".
7. Somos invitados a descubrir con realismo y sin complejos la fuerza anticultural que tiene hoy el **amor célibe** para anunciar la dignidad de las personas y denunciar toda forma de abuso. Hemos de comprender y afrontar el propio mundo afectivo para no ser ciegos que guían otros ciegos.
8. El **papel del formador/a** es ser puente entre la libertad del hombre y la libertad de Dios y la formación debe tocar la inteligencia, el corazón y las manos, para ser vida cotidiana, autentica *sequela Christi* y evangelio que sea "forma de vida"; es importante la formación de los mismos formadores, aprender la pedagogía de Jesús formador, dejándose formar por los pobres y necesitados, ejercitándose en caminar con otros, enseñando sobre todo con el testimonio de vida.
9. Resuena una invitación a la **esperanza**, buscando en los caminos cotidianos, inevitablemente difíciles y tejidos de problemas, Aquel en quien hemos puesto nuestra esperanza y que completa nuestra alegría.

Con todo lo vivido, aprendido y sintetizado, se trata ahora de **mirar la realidad formativa de la Congregación**, esa realidad que tocáis cada día, en sus alegrías y esperanzas, en sus angustias y dificultades.

En el Plan General de Formación (PGF), que traduce en pedagogía formativa nuestras Constituciones, afirmamos: "La hermana hospitalaria es una mujer llamada y consagrada por Dios para seguir a Jesucristo buen samaritano, en comunidad con otras hermanas, con un estilo de vida característico de la hospitalidad, y es enviada a servir a los enfermos, tomando como modelo a María, madre de Jesús y "Nuestra Madre" (PGF, 15).

Este es nuestro horizonte formativo y responde a la pregunta: **¿qué hermana hospitalaria queremos formar?** (cf. PGF, 16-27)

- Mujeres llamadas a la vida y a dar vida, desde lo femenino y lo materno;
- Elegidas y consagradas por Dios para ser presencia de Jesús sanador
- Discípulas de Jesús misericordioso y compasivo, viendo a Cristo en el enfermo y siendo Jesús para él
- Convocadas para la fraternidad y la unión de corazones, desde una misma vocación y misión,
- Modeladas a ejemplo de María, primera hospitalaria, modelo de entrega incondicional y de amor materno.
- Identificadas por las virtudes hospitalarias y viviendo este espíritu en fidelidad a la primera regla que nos dio nuestro Fundador.

Este mismo horizonte formativo lo traducimos en perspectiva de revitalización y reestructuración, cuando en el Documento del XX Capítulo general, afirmamos: "Asumimos la formación como exigencia de fidelidad y optamos por llegar a ser mujeres **apasionadas por Jesucristo**, configuradas con su modo de ser y actuar, de fe viva, capaces de transmitir esperanza y alegría; **hermanas generadoras de comunión**, humanamente maduras, acogedoras de personas y de culturas; **hospitalarias compasivas con la humanidad**, que escuchan el clamor de los que sufren y viven la disponibilidad para el servicio del Reino" (RH, I, 4).

**Llegar a ser...** no como proyección de un ideal, sino como respuesta creativa a la llamada que Dios nos hace hoy; no como tarea infructífera sino como camino de santidad, paciente y generoso, para cada hospitalaria; no como objetivo final sino como construcción de cada día, conscientes de que Dios quiere hacer "maravillas en nuestra pequeñez" y en "la pequeñez de quienes acompañamos"; Dios quiere hacer "prodigios de misericordia" como tantas veces nos repite el P. Fundador.

Una relectura del documento capitular desde estos tres ejes enriquece e ilumina nuestro horizonte formativo. La **hospitalaria que queremos formar**, para una hospitalidad recreada, ha de ser:

1. **Mujer apasionada por Jesucristo, configurada con su modo de ser y actuar, de fe viva, capaz de transmitir esperanza y alegría** (4); que vive como hija de Dios llamada a la fe y como consagrada llamada al seguimiento de Jesús en la vida hospitalaria (1); expresa con la radicalidad de su vida el amor incondicional, la sencillez de vida y la pronta disponibilidad al proyecto de Dios (1); vive centrada y enraizada en Cristo, en una relación personal de amor con Él (2); fortalece su opción personal y comunitaria en la escucha y acogida de la Palabra de Dios, la vivencia de la Eucaristía cultural y de la caridad, la experiencia de la cruz y el servicio hospitalario (2); vive con gozo la vocación, es consciente de que Dios sigue llamando para la vida hospitalaria y cuida la semilla de la vocación para que brote y de frutos de perseverancia (14); se compromete en el anuncio del evangelio de la hospitalidad, presentando Jesucristo a los jóvenes (16); se siente llamada a renovar el corazón y a proclamar el anuncio vocacional con convicción y esperanza (17); vive en un mundo en permanente cambio, que interpela a la hora de testimoniar la fidelidad a nuestra consagración (8).
2. **Una hermana generadora de comunión, humanamente madura, acogedora de personas y de culturas** (4); se sabe convocada para vivir la fraternidad a la luz del mandamiento del amor, concretizado en el amor sincero y en la unión de corazón (7); se compromete en vivir según el estilo pobre, sencillo y alegre de las primeras comunidades (8); se siente impulsada a construir comunidades samaritanas, desde el amor, el perdón, la comunión, y a vivir relaciones sanas y profundas, marcadas por la acogida mutua, la participación corresponsable y la búsqueda conjunta de la voluntad de Dios (9); es abierta a estilos de comunidades más flexibles y adecuadas a las necesidades actuales (9); es capaz de formar comunidades interculturales en las que se promueva la interacción de las distintas culturas y carismas y se genere un clima armonioso de respeto y enriquecimiento mutuo (10); disponible para el diálogo, el discernimiento y la corresponsabilidad (12); ensancha la tienda de la comunidad para que los jóvenes vivan el encuentro humano y la experiencia de Dios, compartan la mesa del Pan y de la Palabra,

descubran la belleza de la convocación y valoren la gratuidad en el servicio hospitalario (15); impulsa en los ambientes comunitarios y apostólicos una autentica cultura vocacional (19).

3. **Una hospitalaria compasiva con la humanidad, que escucha el clamor de los que sufren y vive la disponibilidad para el servicio del Reino”** (4); se siente llamada y enviada al ministerio de la Hospitalidad, en una Iglesia samaritana que opta preferentemente por las personas enfermas y excluidas (3); va a la misión en nombre de la comunidad y es capaz de recorrer caminos nuevos donde testimoniar la compasión de Dios hacia las personas que sufren (3); sabe que la misión hospitalaria es nuestro lugar pastoral privilegiado, donde escuchamos la voz de Dios y somos invitadas a responderle (18); evangeliza a través del proyecto hospitalario que tiene como centro la persona asistida (22); se sabe llamada y enviada con otros y por eso es capaz de crear relaciones de corresponsabilidad y respeto, viviendo la hospitalidad de forma compartida y dando respuestas creativas a las necesidades de la misión en los distintos contextos sociales (24); asume, agradece y promueve la vocación de aquellos que desean participar del carisma y misión hospitalaria desde la espiritualidad de la Congregación (25); se deja interpelar por la realidad del sufrimiento humano de nuestro tiempo y por las nuevas situaciones de marginación (25); se compromete en el cuidado de la vida, ayuda a comprender mejor a las personas con limitaciones psíquicas, valora la hospitalidad como encuentro humano y personal, promueve la calidad humana y técnica desde una perspectiva holística de la persona (28 y 29); se siente impulsada a llevar la buena noticia de Dios a las fronteras sociales, geográficas y culturales y se compromete a la disponibilidad para el envío apostólico (31).

Para todo esto, lo afirmamos también en el Documento capitular, “nuestro **procesos formativos**, especialmente en las etapas iniciales de la vida hospitalaria, son personalizados, favorecen la madurez integral, impulsan una vida consagrada significativa y una identidad carismática sólida y dinámica; miran a los orígenes y promueven la inculturación. Los itinerarios han de asegurar el acompañamiento a todas las hermanas en sus diferentes ministerios, crear una actitud de discernimiento y animar la fidelidad creativa en el seguimiento de Jesús. Además, han de proporcionar la adecuada preparación y actualización teológica, espiritual, carismática y profesional que nos capaciten para el diálogo con el mundo” (RH, I, 5).

Que estos días de reflexión y búsqueda conjunta de los caminos formativos para una vida hospitalaria recreada, os ayuden a **recrear también vuestro compromiso en la formación**, conscientes, como os decía el Papa Francisco, de que no sois solo maestras, sois sobre todo “testigos de la sécula de Cristo en vuestro propio carisma. Y esto puede hacerse si cada día se descubre la alegría de ser discípulas de Jesús” (11.04.2015).

Muchas gracias y buen trabajo.

Anabela Carneiro  
Superiora general

Roma, 13 de abril de 2015